

Este adorable misterio es el que distingue á los cristianos de los judíos, habiendo querido Dios reservar el conocimiento de él para su Iglesia, despues de haberle mostrado con mucha obscuridad á la Synagoga. Por lo que debemos tributar á Dios las mas humildes gracias de que se haya dignado concedernos graciosamente un conocimiento tan estimable. Todo quanto vemos en la Iglesia nos convida á rendirle el debido culto, como objeto de nuestra fé, nuestra esperanza y nuestra caridad. Al principio y al fin de nuestras oraciones principales quiere esta piadosa Madre, que invoquemos la Santísima Trinidad con estas palabras: *En el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo;* tambien en las que decimos, hablando con el Padre: *Por nuestro Señor Jesucristo, Hijo vuestro, que con vos vive y reyna en unidad del Espíritu Santo, &c.* En los officios públicos alabamos, y glorificamos á la Trinidad Beatísima, diciendo al fin de los Psalmos, y en otras muchas ocasiones: *Gloria Patri, & Filio, & Spiritui Sancto.* En el Credo, y en el *Gloria in excelsis* confesamos distintamente este inefable misterio, como tambien en otras partes que los cristianos debemos observar, á fin de excitarnos á aquellos sentimientos de piedad, y veneracion, que acompañan al culto verdadero.

*De la gran reverencia que han tenido al Sacerdocio en la Ley de Gracia los Reyes, los Emperadores y los Santos.*

A San Martín Obispo convidó un dia á comer el Emperador Máximo, (*vide Baron, ad ann. 386.*) el qual era tirano y muy sobervio; pero con todo eso tuvo tanto respeto á este Obispo, que quiso que él, y un Sacerdote Capellan suyo se sentasen con él á la mesa, y que la Emperatriz les sirviese y ministrase la bebida; lo que executó por que era muy religiosa; y administrando la bebida, no dio de beber primero al

